

## CAPÍTULO XVI

Sale Cortés de Cozumel para Tabasco. — Toma Cortés la ciudad, después de un fuerte combate. — Terrible batalla con los indios. — Son vencidos. — Paz celebrada entre los caciques y Cortés. — Abrazan los tabasqueños el catolicismo y se delaran vasallos del rey de España. — Se celebra la fiesta del domingo de Ramos.

1519. El día 4 de Marzo de 1519 se hizo á la vela  
Marzo 4. la flota, dejando en los hospitalarios indios de Cozumel gratos recuerdos y excelentes amigos. Los buques iban lo mas próximo que les era posible á la costa de Yucatan, marchando todos en concierto y en la mejor disposicion. Doblado el cabo de Catoche y llevando un viento bonancible, se cruzó en breve tiempo la hermosa bahía de Campeche, abundante en las preciadas maderas de tinte, artículo importante de comercio para la Europa; llegaron á la vista de Pontonchan, donde Cortés hubiera deseado saltar para castigar la recepcion hostil que hi-

cieron á Francisco Hernandez de Córdoba, y contrariado en su intento porque se indicaban vientos contrarios, llegaron el dia 12 al rio de Grijalva ó de Tabasco, donde los españoles habian sido antes amistosamente recibidos por sus habitantes. Aunque el objeto principal de Hernan Cortés era visitar el territorio azteca, no por esto creyó que debia dejar sin reconocer los puntos principales de la costa de Yucatan, y se propuso conocer la notable ciudad de Tabasco, con cuyos hospitalarios habitantes habia hecho Grijalva algunos cambios lucrativos de abalorios por piezas de oro de diversas figuras.

Sabiendo Hernan Cortés, por el piloto Alaminos que conocia perfectamente el rio, que no podian entrar en él sino barcos de poca cala, dispuso que los buques mayores quedasen en la mar y solo entrasen las embarcaciones pequeñas. Obedecida la disposicion, se empezó á subir el rio, venciendo la corriente, y marchando en la manera misma que se hizo cuando lo visitó Grijalva. Por delante de las ligeras embarcaciones iban los botes llenos de soldados y de marineros, ansiosos de cambiar sus cuentas de vidrio por apreciables adornos de oro, como lo habian hecho en el viaje anterior. El sitio á que se dirigian, subiendo por el pintoresco rio, era la Punta de los Palmares, donde en el viaje hecho con Grijalva desembarcaron, y desde el cual solo habia media legua de camino hasta la ciudad de Tabasco. Nadie esperaba hostilidades, sino buen recibimiento; nadie combates, sino productivo comercio á cambio de abalorios. Cuando acariciando las lisonjeras esperanzas de productivos cambios marchaban subiendo el rio, notaron, con sorpresa, ocultos entre los frondosos árboles

manglares que se levantaban lozanos en la pintoresca ribera, millares de indios guerreros, provistos de arcos y flechas, fijando sus iracundas miradas en los expedicionarios. La actitud hostil con que se presentaban los habitantes de Tabasco, parapetados, por decirlo así, detrás de la impenetrable arboleda y casi cubiertos por los arbustos y altas yerbas que crecian sobre aquel terreno exuberante, sorprendió á Cortés, que iba en la conviccion de ser bien recibido.

Cauto y previsor, aunque valiente y esforzado, ordenó que los botes y barcos fuesen unidos, y que los soldados marchasen prevenidos; pero sin hacer ningun ademan ofensivo contra los indios, sino de paz y de amistad. Á medida que se avanzaba en la subida del rio, era mayor el número de guerreros que se descubria al través de algunos claros que presentaba la espesa enramada, que, como una impenetrable red, cubria la ribera. Cortés no dudó ya de que los habitantes del país estaban resueltos á impedirle saltar á tierra. Pronto se descubrió un gran cuerpo de ejército, de mas de doce mil guerreros, que ocupaba un vasto terreno enfrente de la poblacion.

No habia sido ni el odio ni el rencor hácia los españoles el que habia puesto las armas en las manos de aquellos pueblos. Amigos se habian manifestado de los castellanos cuando éstos se despidieron de ellos en el viaje con Grijalva. La actitud hostil con que se presentaban, reconocia un origen de amor propio. El cacique de Potonchan, orgulloso de haber obligado á reembarcarse á Córdoba, les echó en cara el que hubiesen acogido con benevolencia á los extranjeros, diciéndoles que, si tenian valor, debian

en lo sucesivo, manifestarlo, combatiendo contra ellos y no entregándose á comerciar con los hombres de otra raza. Los tabasqueños anhelaban desde entonces, para patentizar á los de Potonchan que les sobraba valor y arrojo, que se presentasen los castellanos. La llegada de Cortés les llenó de regocijo, pues les proporcionaba la ocasion de combatir denodadamente.

Cortés llegó con los botes y bajeles á un sitio ya escampado donde se hallaba un numeroso cuerpo de guerreros. Deseando tranquilizar á los habitantes y establecer relaciones pacíficas con ellos, ordenó á Gerónimo de Aguilar, que poseia perfectamente la lengua maya, que manifestase á los principales indios que á poca distancia estaban, las pacíficas miras con que se llegaba á la tierra; el deseo íntimo de continuar en las amistosas relaciones antiguas, y que les permitiesen desembarcar como á leales amigos. La contestación fué blandir sus armas y provocarles con palabras ofensivas á la lucha. En vano trató Aguilar de disuadirles, ofreciéndoles no molestarles en lo mas mínimo. Sus palabras iban á perderse en los gritos y provocaciones de guerra que la multitud lanzaba.

Hernan Cortés, aunque disgustado por la altanería de las contestaciones, creyó conveniente manifestarse tranquilo, para darles lugar á que, pasado el primer instante de furor, admitiesen las proposiciones pacíficas hechas por medio del intérprete. Como la tarde estaba ya al terminar, Cortés se propuso pasar la noche en aquel sitio, sin saltar en tierra, reservando, para el siguiente dia, el obrar de la manera que juzgase conveniente. Aunque deseando la paz, se preparó á la guerra, y dispuso, du-

rante la noche, lo necesario para emprender el combate.

A la primera luz de la aurora dijo misa el padre Olmedo, que iba en la expedicion, y despues de haberla oido todos devotamente, se puso la gente en actitud de combatir. Hernan Cortés mandó al capitan Alonso de Avila que, con cien soldados, entre ellos diez ballesteros, se dirigiese al pueblo por un sendero estrecho, que algunos de los que habian hecho el viaje anterior conocian, y que, al escuchar los tiros, penetrase en la poblacion por un lado, mientras él entraba por el otro.

Mientras Alonso de Avila caminaba al sitio designado, Cortés, con los demás capitanes y soldados, avanzaba en sus bajeles y botes, preparado á la lucha, pero manifestando en su marcha pacífica el deseo de la paz. De repente se presentaron en la orilla del rio millares de guerreros indios, mientras otro gran número se dejó ver, en inmensas canoas, lanzando espantosos alaridos de guerra. Cortés mandó hacer alto, y ordenó que nadie disparase un tiro sobre los contrarios. Quería agotar todos los recursos de la persuasion, antes de romper, de su parte, las hostilidades. Volvió, por lo mismo, á suplicarles, por medio de Aguilar, que no hiciesen armas contra los españoles, manifestándoles que su mision era pacífica; pero no recibió por respuesta mas que nuevas provocaciones y el sonido horrible producido por los caracoles que eran sus instrumentos bélicos. Cortés se convenció de que no le quedaba mas remedio que combatir; pero queriendo salvar la responsabilidad, patentizando que él no habia sido el que provocó la lucha, les hizo otro requerimiento ante el escribano del rey D. Diego Godoy, que iba en la armada, sirviendo

de intérprete Aguilar. Se les dijo que permitiesen que se saltase en tierra para hacer aguada y manifestarles algunas cosas relativas á la religion; que no se iba á hacerles guerra; pero que si ellos la hacian, los resultados les serian funestos, siendo los únicos responsables de las desgracias que aconteciesen (1).

Una lluvia de flechas fué la respuesta al requerimiento.

Cortes habia cumplido ya con los deberes del leal súbdito y del caballero, y se propuso llenar los de general y

(1) Los escritores extranjeros han tratado de ridiculizar el requerimiento que se hacia á los indios, ante escribano, invitándoles á la paz, y tratando de que sobre ellos cayese la responsabilidad, si eran los que rompian las hostilidades. El ilustre historiador Prescott, tratando de patentizar lo absurdo del expresado requerimiento, dice en una nota de su *Historia de la Conquista*: «Véase,» exclama el obispo de Chiapas, con su estilo cautivo, «la racionalidad de esta requisicion, ó para hablar mas correctamente, la locura é imbecilidad para la guerra.» Luego llama el Sr. Prescott á la requisicion «fórmula vacía de palabras, cuya importancia era enteramente incomprensible para los indios», y concluye diciendo que «la famosa fórmula usada por los españoles en esta ocasion, fué redactada por el Dr. Palacios Rubios, hombre de letras, y uno de los miembros del consejo del rey.»

Yo creo que el apreciable historiador Prescott no meditó en el objeto con que fué ordenado á los conquistadores que hiciesen ese requerimiento. Sin él, podian haber obrado arbitrariamente; podian haber saqueado y destruido pueblos de indios sin responsabilidad. Pero con ese documento, se le ataban las manos á la arbitrariedad y al capricho. No bastaba que el conquistador quisiese hacer el mal; necesitaba motivo justificado para hacerlo. No podia tomar resolucion ofensiva; era preciso que el escribano del rey viese la imprescindible necesidad de hacer la guerra; que hiciese constar, bajo su responsabilidad, que se habian dado todos los pasos indispensables para evitar la efusion de sangre. Por mucho que respete, como respeto, la opinion del señor Prescott en otros puntos, no creo que ha estado acertado en llamar á un documento dispuesto para evitar la arbitrariedad, «fórmula vacía de palabras, cuya importancia era enteramente incomprensible para los indios.» Que era comprensible para éstos, ya se ha visto, toda vez que se les amonestaba en su idioma; y que su objeto era enfrenar las pasiones de los conquistadores, queda demostrado. Pero quien menos que ningun otro debió criticar esa disposicion fué el Sr. de las Casas, puesto que ella tendia al bien de los indios. ¡Así, por no meditar, se critican sabias providencias dignas de elogio!

soldado. Dispuesto todo con anticipacion para el combate, avanzaron los botes, subiendo el rio, recibiendo sus tripulantes un diluvio de flechas y de piedras arrojadas de las canoas y de los manglares de ambas orillas. Los soldados españoles, al llegar al sitio que se les habia indicado, se encontraron con el inconveniente de que sus barcos no podian acercarse á la orilla por su calado: entonces saltaron de las embarcaciones, y con el agua hasta la cintura y sobre un terreno fangoso, en que casi se enterraban, empezaron á ganar la orilla, deteniéndose varias veces para cubrirse, con las rodela, del extraordinario número de flechas que les arrojaban. La lucha, en aquellos instantes, fué penosa para los españoles. Atascados entre el lodo y la lama, se veian acometidos por todas partes y rodeados de canoas llenas de guerreros que combatian valientemente, defendiendo la ribera. Hernan Cortés, que iba, como todos, con el agua á la cintura, animaba á sus soldados á ganar la orilla. Por fin lograron poner pié en tierra; Cortés llegó á la ribera, luchando con heróico esfuerzo, dejando enterrado en el fango del pantano uno de los zapatos. Entonces, al grito de «Santiago», que era la voz de acometida de los españoles, se lanzaron con ímpetu terrible sobre los indios. Estos, al sentir el filo de las espadas, empezaron á retroceder; pero combatiendo con valor, y deteniéndose detrás de los parapetos que habian formado de gruesas maderas y piedra. El combate se renovaba en cada albarrada; y al perderla, se retiraban á otra donde volvian á hacer frente. Así se fueron retirando hasta la ciudad, que tambien estaba fortificada. Cortés acometió con los suyos al primer parapeto, que fué tomado despues de una

tenaz resistencia. Los españoles siguieron á los indios por la calle en que habian penetrado; pero se encontraron con otra fuerte albarrada, donde los guerreros tabasqueños volvieron á dar cara, luchando, dice Bernal Diaz que se halló en el combate, «muy valientemente y con grande esfuerzo».

No eran aquellos indios como los tímidos de Santo Domingo y de Cuba. Eran verdaderamente guerreros, diestros en las armas, avezados desde niños á los combates, de estrategia militar, sagaces y valientes. Conociendo que la muerte del jefe español podria darles la victoria, se oian mil voces que gritaban, segun el intérprete Aguilar, «tirad al capitán». Con efecto, una lluvia constante de flechas caia sobre Hernan Cortés.

Los españoles avanzaron hácia el parapeto para tomarlo.

Los indios, dando horribles alaridos de guerra y sonando sus caracoles, seguian disparando sus saetas. En aquellos momentos se presentó por la espalda de los guerreros indios, Alonso de Ávila, con los cien soldados con que le habia enviado Hernan Cortés. No habia podido llegar antes porque se encontró con algunas ciénagas que le detuvieron en su marcha. Su llegada fué la que acabó de decidir la victoria. Los tabasqueños, al verse acometidos por la espalda, abandonaron su fortificacion y emprendieron la retirada hácia una gran plaza en que se veian tres sólidos templos; pero no en confusion y en desorden, sino «como buenos guerreros», dice Bernal Diaz, disparando con acierto sus flechas, y sin que «volvieron de hecho las espaldas». Allí volvieron á detenerse para hacer el último

esfuerzo; pero vencidos al fin, se refugiaron en los bosques próximos á la ciudad.

Cortés, viendo fatigados á sus soldados y no queriendo que se hiciese daño á los indios, mandó que no se les persiguiese, esperando que la moderacion en el triunfo podria inclinarles á la paz.

Hernan Cortés toma posesion de Tabasco. Hernan Cortés, al verse dueño de la ciudad, tomó posesion formal de ella, en nombre de la corona de Castilla. Embrazó la rodela, y sacando la espada, dió tres estocadas en un robusto árbol de ceiba que se levantaba en medio de la plaza, diciendo en alta voz, que entraba en posesion de aquella tierra en nombre del rey de España, la cual sostendria y defenderia con espada y rodela contra cualquiera que lo contrario dijese. Todos los soldados hicieron la misma protesta, que fué escrita y autorizada por el escribano real de la armada. Esta era la caballeresca y sencilla fórmula con que los guerreros españoles entraban en posesion de las tierras conquistadas en nombre de sus monarcas.

La toma de Tabasco costó á los españoles quince heridos, entre los cuales se contaba Bernal Diaz del Castillo, que recibió un flechazo en el muslo, distinguiéndose por su valor y actividad.

La ciudad habia sido abandonada con anticipacion por las familias indias, como era costumbre en aquellos países, sin que en ella dejasen nada de valor ni de estima (1).

(1) El padre Las Casas, dominado siempre del espíritu de crítica contra los soldados, dice que las habitaciones «halláronlas llenas de maíz é gallinas y otros bastimentos, oro ninguno, de lo que ellos no recibieron mucho placer». El Sr. Prescott acoge en su historia estas palabras, como si ellas pudieran ser

Llegada la noche, Hernan Cortés dispuso que se alojase la gente en tres amplios *teocallis* de cal y piedra, que se levantaban en la espaciosa plaza en que se verificó el último encuentro, y colocó centinelas que velasen de continuo, como si se hallase al frente de un enemigo diestro en el arte de la guerra. Comprendía Cortés que de las medidas precautorias resultaba la seguridad en el peligro, y procuraba evitar en lo posible, con el cuidado del temor, las desgracias de la confianza.

Al aparecer la luz del siguiente día, las miradas de Cortés y de su corto ejército se dirigieron hácia los alrededores de la ciudad, para ver hácia qué rumbo se habían ido á situar los escuadrones indios; pero nada alcanzaron á descubrir. La campiña y los bosques próximos á la ciudad se hallaban desiertos. Ni un indio se llegaba á descubrir en cuanto alcanzaba la vista. Hernan Cortés trajo aquel silencio y soledad como indicio de guerra.

Para obrar con acierto, mandó á Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado, que saliesen, por diferente camino, á reconocer el campo con cien hombres cada uno, y que volviesen á la ciudad, sin que su marcha excediese de dos leguas. Debía acompañar á Pedro de Alvarado, para que le sirviese de intérprete, en caso de encontrar algunos naturales del país, el indio Melchorejo; pero al llamarle,

un cargo ofensivo. Nada dice Bernal Diaz que esté de acuerdo con lo expuesto por Las Casas. Por el contrario, no hace mencion ninguna respecto de oro; ni se puso á saco la ciudad para que, aun cuando hubiese habido, pudieran apoderarse de él. Pero aun en el caso de que hubieran sentido no encontrar oro, no era cosa que debía llamar la atencion. Sabido es que todos los ejércitos del mundo, así los antiguos como los modernos, cuando toman por asalto una ciudad, desean que en el botin abunde el oro.

se vió que habia desaparecido. Se hallaba cerca de la tierra en que habia sido hecho prisionero, y sintió el deseo de volver á ella y á la vida á que estaba acostumbrado. Tomada la determinacion de huir, se dirigió, durante la noche, al rio; dejó colgado el traje español en unos palmares, y entrando en una canoa, marchó á unirse con los tabasqueños.

Cortés sintió mucho su fuga, pues podia aquel indio manifestar á los guerreros y caciques la corta fuerza que tenia, las pocas armas de fuego y ballestas que llevaba, y los escasos recursos de guerra con que contaba.

Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo salieron hácia el interior de la tierra por distinto sendero. El primero llevaba entre sus cien hombres, quince arcabuceros y escopeteros. El segundo, doce. Cortés le dió orden de que, si se encontraban con fuerzas numerosas de indios, se retirasen al cuartel general, sin comprometer accion ninguna.

Una legua habria andado Francisco de Lugo, cuando se encontró con grandes batallones de guerreros, armados de lanza, espada, flechas, hondas y escudos. Los jefes llevaban cotas de algodón y grandes penachos, y todos se veian pintados el rostro, de rojo, negro y amarillo.

Francisco de Lugo se detuvo; pero aun no habia tenido tiempo para disponer sus soldados, cuando cayeron sobre él como un alud, con espantosos alaridos, ruido de caracoles y de trompetas, millares de combatientes indios, disparando una lluvia de flechas y de piedras. Los soldados españoles, apenas se pudieron sostener en el terreno al empuje recibido; pero resueltos á perecer luchando, y co-